

CAPÍTULO QUINTO

NOAM CHOMSKY. DESCUBRIENDO EL LADO OCULTO DE LOS CONFLICTOS

NOAM CHOMSKY. DESCUBRIENDO EL LADO OCULTO DE LOS CONFLICTOS

Por JUAN ANDRÉS TOLEDANO MANCHEÑO

Noam Chomsky se doctoró en lingüística en la Universidad de Pennsylvania en 1.955 y en la actualidad es profesor de esta especialidad en el Departamento de Lingüística y Filosofía del Instituto de Tecnología de Massachusetts. Ha escrito numerosas obras sobre lingüística, filosofía, historia de las ideas y sobre política internacional contemporánea. Entre sus trabajos lingüísticos destacan "*Aspectos de la teoría de la sintaxis*" (1976), "*Lingüística cartesiana*" (1984) y "*El lenguaje y el entendimiento*" (1984), y en el ámbito de la política internacional: "*La segunda guerra fría*" (1984), "*La quinta libertad*" (1988), "*Los guardianes de la libertad*" (1990, 1995), "*El miedo a la democracia*" (1992), "*El nuevo orden mundial (y el viejo)*" (1996) y "*El beneficio es lo que cuenta*" (1999).

Es propio que Noam Chomsky sea la figura intelectual que encabece en el mundo de hoy la batalla por la democracia y contra el neoliberalismo (1). En la década de 1960 fue en Estados Unidos un destacado crítico de

(1) El neoliberalismo, conflicto abierto y camuflado de la sociedad moderna, es la política que define el paradigma económico de nuestro tiempo: se trata de las políticas y los procedimientos mediante los que se permite que un número relativamente pequeño de intereses privados controle todo lo posible la vida social con objeto de maximizar sus beneficios particulares. El neoliberalismo funciona mejor dentro de la democracia formal con elecciones, pero con la población alejada de la información y del acceso a los foros públicos necesarios para participar significativamente en la toma de decisiones.

la guerra de Vietnam y, en un sentido más amplio, se convirtió tal vez en el analista más incisivo “de los procedimientos con que la política estadounidense minaba la democracia, aplastaba los derechos humanos y promovía los intereses de las minorías acaudaladas”.

Chomsky ha hecho mucho por revitalizar la comprensión de los requisitos sociales de la democracia, partiendo tanto de los antiguos griegos como de los principales pensadores de las revoluciones democráticas de los siglos XVII y XVIII. Durante los años de su prolija producción literaria podría catalogarse su pensamiento de anarquista o, quizá dicho con mayor precisión, de socialista libertario, habiendo sido por principios un coherente crítico y adversario demócrata de los estados y los partidos comunistas y leninistas.

En realidad, la mayor contribución de Chomsky tal vez sea su insistencia en la inclinación fundamentalmente democrática de los pueblos del mundo y en el potencial revolucionario implícito en tales impulsos. Este autor se apresura a señalar que el activismo político organizado es el responsable del grado de democracia que tenemos hoy, del sufragio universal de los adultos, de los derechos de la mujer, de los sindicatos, de los derechos civiles y de las libertades de que disfrutamos. Como dice Chomsky,

Si uno actúa como si no hubiera posibilidades de cambiar a mejor, garantiza que no habrá cambio a mejor. Nosotros hemos de escoger, usted ha de escoger, su decisión es importante.

INTRODUCCIÓN

Querámoslo o no, el mundo actual es heredero del orden internacional que emerge de la Segunda Guerra Mundial. Esta afirmación no sólo es aplicable a las realidades geopolíticas y económicas sino también a las concepciones ideológicas y culturales que han imperado en nuestra “aldea global” durante estas cinco últimas décadas.

Con el final de la Segunda Guerra Mundial y muy especialmente con el lanzamiento de la primera bomba atómica sobre Hiroshima, la forma de los conflictos ha cambiado considerablemente. Clausewitz enunció en su día que la guerra es la continuación de la política mediante otros medios. Esta frase, en sus orígenes, era cierta, era válida, expresaba un principio básico de la evolución de las crisis entre las naciones. La guerra, los conflictos armados, no sólo son armas y soldados, sino también conflictos entre

potencias en los que una parte intenta obligar a la otra a hacer o aceptar algo que ella no quiere, un “algo” cuya percepción puede ser radicalmente distinta, tal y como afirma Noam Chomsky:

Hay que evaluar con precaución las doctrinas que dimanen del discurso intelectual, con cuidadosa atención a los argumentos, a los hechos y a las lecciones de la historia pasada y presente. Tiene poco sentido preguntarse qué está bien para distintos países, como si estos fueran entidades con intereses y valores comunes. Lo que tal vez esté bien para los habitantes de Estados Unidos, con sus incomparables ventajas, podría estar mal para otras poblaciones con muchas menos posibilidades de elegir. No obstante, es razonable prever que lo que esté bien para la población sólo por remotísima casualidad corresponderá a los planes de los “principales arquitectos” de la política. Y que ahora sigue habiendo las mismas razones que las que ha habido siempre para no permitir que conformen el mundo según sus intereses.

Dado que los conflictos nacen en la mente de los hombres, es en la mente de los hombres donde deben erigirse los baluartes de la paz. La sociedad internacional ha sido, desde aquel lejano en el tiempo y cercano en la memoria 1945, un objeto en constante evolución. Esto se ha llevado a cabo, en lo relativo al tratamiento de los enfrentamientos y divergencias políticas, a través de la utilización de medios autoritarios que se corresponden con las condiciones de la época. De ahí que la llamada guerra fría no era otra cosa que la Tercera Guerra Mundial.

En la actualidad tenemos otra vez conflictos que recuerdan poderosamente a una guerra. La gente se expresa en su propia lengua. También hoy, como antes, se esgrimen nuevas armas. En este sentido, se tiene poco en cuenta una técnica relativamente moderna: la invasión sin armas. Habitualmente, aunque los motivos que hacen estallar las disputas intra o internacionales se encubren con los términos, siempre presentes en el discurso diplomático, de los intereses nacionales y de la seguridad, se descubre que las amenazas contra la seguridad son inventadas —y una vez inventadas para otros fines, en ocasiones, creídas—, para inducir a un público reacio a aceptar aventuras en el extranjero o a una costosa intervención en la economía interna. Los factores que han condicionado típicamente la política en el período de la posguerra son la necesidad de imponer o mantener un sistema global que sea útil al poder del Estado y a los intereses estrechamente vinculados de los amos de la

economía privada, y la de asegurar su viabilidad por medio de la subvención pública y de un mercado garantizado por el Estado (2).

Los acontecimientos de la última década han dado nuevo relieve —y en ciertos casos, mayor virulencia— a viejos contenciosos que subsistían camuflados a la sombra de la confrontación entre Este y Oeste. Estos litigios, que se conocen como “guerras de baja intensidad”, tienen su origen en la exclusión, la pobreza extrema, la marginación y las rivalidades étnicas o religiosas. Las amenazas a la seguridad proceden ahora mayormente de la pobreza, la asimétrica distribución de recursos, la exclusión, la ignorancia dogmática, las emigraciones masivas y las injusticias sociales que generan reacciones de rechazo.

Es erróneo pretender que muchos de los conflictos que sacuden la Tierra se deben a odios atávicos y que, por lo tanto, son imposibles de prevenir. Las generaciones venideras necesitan de nuestra labor en la prevención y resolución de conflictos y por ello nuestra actuación debería basarse en que:

Los derechos de las generaciones venideras dependen del cumplimiento de los deberes de las generaciones presentes, de nuestra capacidad de mirar hacia delante, de tener en cuenta a nuestros hijos y sus descendientes. La medida en que puedan ejercer sus derechos reflejará nuestra textura moral e intelectual. Una conocida frase afirma que la diferencia entre los gobernantes y los estadistas está en que unos piensan en las próximas elecciones y otros en las próximas generaciones (3).

NUEVO ORDEN, NUEVOS CONFLICTOS

Para hacer un buen papel, una amenaza ha de ser grave o, al menos, ha de ser descrita como tal. La defensa contra la amenaza debe engendrar el adecuado espíritu marcial entre la población, la cual debe dar a sus

(2) De este modo trata el tema de la utilización particular y partidista de la seguridad nacional Noam Chomsky en su libro “*Deterring Democracy*” (El miedo a la democracia) donde afirma que esta pauta ha sido habitual durante la postguerra y, de hecho, ilustra irregularidades mucho más generales del arte de gobernar y de las estructuras ideológicas que lo acompañan.

(3) Federico Mayor Zaragoza, director general de la UNESCO desde 1987 hasta épocas recientes, hace esta reflexión en su obra “*Los nudos gordianos*”, publicada por Galaxia Gutenberg en 1999.

gobernantes vía libre para aplicar políticas fundadas en otros motivos y debe tolerar la erosión de las libertades civiles, un beneficio secundario de particular importancia para los reaccionarios partidarios del Estado que se disfrazan de conservadores. Por otro lado, dado que el objetivo es desviar la atención del poder y de sus operaciones, una amenaza para nuestros días debería ser lejana: el "otro" debería ser muy distinto de "nosotros" o, por lo menos, lo que se nos ha enseñado a aspirar a ser. Asimismo, los objetivos establecidos deberían ser lo suficientemente débiles como para atacarlos sin coste; también ayuda que el color no sea el correcto. En pocas palabras, la amenaza más probable debería situarse en el Tercer Mundo o los barrios pobres de nuestro propio país. La guerra contra la amenaza debería estar también destinada a ganarse, como precedente para futuras operaciones.

Con el final de la guerra fría se pidió de diversas formas un nuevo orden mundial. La primera de dichas peticiones procede de los trabajos de una instancia no gubernamental, la Comisión Sur, presidida por Julius Nyerere y compuesta por destacados economistas, planificadores gubernamentales, dirigentes religiosos y otras personalidades del Tercer Mundo. Esto fue realizado en un estudio fechado en 1990 (4). Tras estudiar el miserable estado de los dominios occidentales tradicionales, la Comisión solicitó un nuevo "orden mundial" que respondiese a las "necesidades de justicia, equidad y democracia del Sur en el contexto de la sociedad global", pese a que su análisis no daba muchos márgenes a la esperanza.

La caída del Muro de Berlín en noviembre de 1989 puede considerarse como el final simbólico de una era en la que sobre los principales asuntos mundiales se proyectaba irremisiblemente la siniestra sombra de la guerra fría, con su amenaza de destrucción nuclear; no obstante, el doctor Chomsky piensa que:

El llamado nuevo orden mundial es como el viejo con otro disfraz; sus reglas básicas siguen siendo las mismas: los débiles están sometidos a la fuerza de la ley, mientras los poderosos se sirven de la ley de la fuerza; se imponen a los pobres principios de la "racionalidad económica", mientras los ricos se aprovechan del poder y de la intervención del Estado.

(4) "The Challenge To The South", Informe de la Comisión Sur, Oxford, 1990.

Sin embargo, algo sí ha cambiado, ya que sin la engorrosa necesidad de tener que aportar pruebas o argumentos convincentes, los apologetas de ambos bandos podían explicar sin el menor reparo que las acciones en el extranjero, por deplorables que fuesen, se llevaban a cabo por razones de “seguridad nacional” y en respuesta a la amenaza de la cruel y terrible superpotencia enemiga. Los nuevos conflictos generados en el mundo tienen unas características peculiares que demandan la acción solidaria de una fuerza externa, normalmente multinacional; no obstante, el principio fundamental operativo, en el entorno de los países más poderosos, fue elegantemente expuesto por la Secretaria Albright, cuando disertó en el Consejo de Seguridad de la ONU sobre la poca disposición a aceptar las exigencias norteamericanas respecto a Irak: “Estados Unidos se conducirá ante los demás multilateralmente cuando podamos y unilateralmente cuando debamos, no reconociendo ninguna coacción externa en un terreno considerado vital para los intereses nacionales”, según había determinado Estados Unidos. Pero este tipo de actuaciones han de constreñirse al estrecho ámbito de la jurisdicción supranacional porque, según nos hace llegar Chomsky:

Existen límites a lo que un país soberano puede hacer para ayudar a otro, aún cuando ese país tenga las mejores intenciones.

Otros a su vez cuestionan este parecer ya que, en su opinión, “es injusto privar a la humanidad doliente de nuestra necesariamente benévola atención” (palabras enunciadas en la última reunión cumbre de la Asamblea General de la ONU por la Secretaria de Estado estadounidense anteriormente citada).

Una de las características peculiares aludidas es que los nuevos conflictos se producen más bien dentro de los Estados, por motivos de excisiones, diferencias étnicas o religiosas. Estas situaciones generan más violencia y crueldad que los interestatales. Los nuevos conflictos crean situaciones que no se habían visto desde las operaciones del Congo de los años 60. En estos conflictos participan no sólo ejércitos regulares, sino guerrillas con frentes de combate indefinidos, en los que los civiles son las principales víctimas y los principales objetivos, lo que ha producido el extraordinario incremento del número de refugiados. También es verdad que no son solamente los ejércitos incontrolados los causantes de estas fechorías, sino que los propios civiles se extralimitan en venganzas crueles como ha estado pasando en la antigua Yugoslavia.

Ya, tras la Segunda Guerra Mundial, los cambios en la geopolítica se hacían significativos. Conforme Europa y Japón se recuperaban de la

devastación de la guerra, el orden mundial pasó a tener forma tripolar. Estados Unidos ha retenido el papel dominante, aunque surgen nuevos desafíos, entre los que se cuenta la competencia de Europa y Extremo Oriente en América del Sur. Los cambios más importantes ocurrieron hace veinticinco años, cuando la administración Nixon desmanteló el sistema económico mundial de la posguerra, en el cual Estados Unidos era de hecho el banquero del mundo, papel que no pudo retener en adelante.

En los nuevos escenarios en que se forjan los conflictos actuales las organizaciones humanitarias, que han ido acaparando cada día mayor protagonismo, procuran prestar socorro a las víctimas civiles de la guerra, pero se encuentran que las partes en pugna dificultan y tratan de impedir su labor.

Las atrocidades y situaciones dramáticas que se producen en el mundo son actualmente mostradas por los medios de comunicación y levantan un sentimiento de solidaridad para lo cual el instrumento del que dispone la comunidad internacional es, a través de Naciones Unidas, generar una Fuerza Multinacional de Paz que permita ayudar a los necesitados y crear las condiciones necesarias, incluso con el uso de la fuerza, para resolver el conflicto. La información y el conocimiento de los conflictos cambian la percepción de los mismos y ello provoca que:

En un mundo de naciones estado, la arena pública es fundamentalmente la política, en varios niveles. La democracia funciona en tanto en cuanto los individuos participan de forma significativa en la cuestión pública, a la vez que se ocupan de sus propios asuntos, individual y colectivamente, sin ser ilegítimamente interferidos por las concentraciones de poder. El funcionamiento de la democracia presupone una relativa igualdad de acceso a las fuentes —materiales, informativas y demás—, una perogrullada tan antigua como Aristóteles (5).

Según el pensamiento del autor estudiado, este es un buen momento para repensar las confrontaciones entre Oriente y Occidente, el Norte y el Sur, para preguntarse cómo se relacionan estas divisiones del orden global, así como para considerar las consecuencias probables del final de la guerra fría y otros cambios acaecidos en el mundo durante los últimos años. Una vez más, el panorama convencional es que, durante la mayor parte del siglo y ciertamente desde 1945, el conflicto Oriente-Occidente

(5) CHOMSKY, NOAM. "El beneficio es lo que cuenta". Ed. Crítica. Barcelona, 1999.

ha sentado el marco básico de los asuntos internacionales y de las políticas internas: militar, económica e ideológica.

El nuevo orden mundial existe porque uno anterior, ¿antiguo?, fue pergeñado por los estrategas de la vida social; ciñéndose al que se pudiera considerar el último siglo de la seguridad que nació, según George Kennan, uno de los principales artífices del mundo posterior a la Segunda Guerra Mundial y también respetado historiador, al mismo tiempo que la guerra fría, con la disolución de la Asamblea Constituyente por parte de los bolcheviques en enero de 1918, se ha argumentado convincentemente que el siglo XX se ha caracterizado por tres avances de la mayor importancia política: el crecimiento de la democracia, el crecimiento del poder empresarial y el crecimiento de la propaganda empresarial como medio para proteger su poder frente a la democracia.

Los desequilibrios de nuestra época amenazan no sólo el ritmo de desarrollo y la solidez de las instituciones, sino la supervivencia misma de la especie humana. Las disparidades actuales constituyen una auténtica amenaza para la paz y la concordia, y crean una brecha, cada día más ancha, entre la minoría que disfruta de los beneficios del progreso y la inmensa mayoría de los habitantes del planeta, para los cuales el bienestar es un espejismo muy lejano.

Las futuras generaciones se enfrentarán, según Noam Chomsky, a problemas bastante distintos en escala y complejidad de cualquiera de los surgidos con anterioridad. La posible destrucción de un entorno físico capaz de sostener la vida humana en condiciones similares a las actuales es uno de los más dramáticos, juntamente con la creciente amenaza de las armas de destrucción masiva y los continuos conflictos entre adversarios con una capacidad para causar terribles daños cada vez mayores. No es tan obvio que estos problemas tengan una solución. Que la exaltación de la codicia hasta convertirla en el más alto valor humano no es la respuesta es bastante evidente.

Lo fue para todo el mundo pero, principalmente, para las élites norteamericanas, la relajación de las tensiones de la guerra fría fue una bendición a medias. Ciertamente, la debilitación del elemento disuasor soviético facilita el recurso de los Estados Unidos a la violencia y la coacción en el Tercer Mundo (6), y el colapso del sistema soviético prepara el

(6) Según Noam Chomsky, en un artículo publicado con el título de "*Un progresivo colonialismo*", se puede seguir pensando en el Tercer Mundo en los términos empleados en la

terreno para la integración de gran parte de la Europa del este y Europa central en los dominios que han de complementar a las economías industriales de Occidente.

De los artículos de nuestro autor se puede deducir que a lo largo de esta era se han producido muchos cambios significativos, algunos de los cuales ya se han comentado. Uno de los cambios cruciales se produjo con la Segunda Guerra Mundial: por primera vez un único estado tenía una riqueza y un poder tan abrumadores que sus planificadores podían diseñar y ejecutar, de manera realista, una visión global. Al final de la guerra, los Estados Unidos poseían casi la mitad de la riqueza del mundo y eran la mayor potencia militar, disfrutando de una seguridad sin precedentes; no tenían ningún enemigo cerca, dominaban los océanos y las regiones más ricas y desarrolladas allende los mares, y controlaban las principales reservas mundiales de energía y otros recursos cruciales. Durante mucho tiempo los Estados Unidos han sido la potencia industrial más importante del mundo. La guerra infligió graves daños a todos los demás, mientras que, en los Estados Unidos, el único país que no quedó devastado por la guerra, la producción se disparó llegando prácticamente a cuadruplicarse. El Tercer Mundo ha ido sumergiéndose, desde aquel entonces, más y más en la pobreza y la desesperación, mientras que el "Primer Mundo" ha quedado constituido por un único estado.

Los analistas y asesores políticos señalan a menudo una distinción entre "nuestras necesidades" y "nuestros deseos", dicotomía difícil, por lo que, ciertamente, está cobrando forma un nuevo orden mundial marcado por la difusión del poder en los dominios de los Estados Unidos y el hundimiento del imperio ruso y de la tiranía inherente al mismo. Estos hechos convierten a los Estados Unidos en la fuerza militar abrumadoramente dominante y ofrecen a los tres centros de poder económico (EE.UU., Europa y Japón) la atractiva perspectiva de incorporar al antiguo sistema soviético a sus territorios en el Tercer Mundo, que todavía deben ser controlados, en ocasiones por la fuerza.

Para finalizar, en cuanto al nuevo orden mundial se parece demasiado al viejo, aunque con un nuevo disfraz. Se producen fenómenos importan-

primera planificación del período posterior a la Segunda Guerra Mundial: como la región que ha de cumplir su principal función como fuente de materias primas y como mercado para las sociedades industriales occidentales. Un elemento que se perpetuó como fuente de conflicto internacional fue el hecho de que el imperio soviético no cumpliera su función en la "forma requerida".

tes, especialmente la creciente internacionalización de la economía con todas sus consecuencias, incluyendo el agudizamiento de las diferencias de clase a escala global y la extensión de este sistema a los antiguos dominios soviéticos. Pero no hay cambios sustanciales, ni se necesitan “nuevos paradigmas” para entender lo que está sucediendo. Las reglas básicas del orden mundial son como han sido siempre: el imperio de la ley para el débil, el de la fuerza para el fuerte; los principios de racionalidad económica para los débiles, el poder y la intervención del estado para los fuertes. Al igual que en el pasado, el privilegio y el poder no se someten voluntariamente al control popular o a la disciplina del mercado, y por tanto, procuran debilitar la verdadera democracia y ajustar los principios del mercado a sus necesidades específicas. La cultura de la respetabilidad sigue desempeñando su papel tradicional: rehacer la historia pasada y presente según los intereses del poder, exaltar los altos principios que nos impulsan, a nosotros y a nuestros dirigentes, y disimular los desperfectos de la historia clasificándolos de buenas intenciones equivocadas, de crueles disyuntivas ante las que nos coloca algún enemigo perverso o cualquier otra de las categorías que tan bien conocen las personas convenientemente educadas. Quienes no estén dispuestos a aceptar este papel, también tienen un papel tradicional a desempeñar: desafiar y desenmascarar la autoridad ilegítima y trabajar codo con codo para debilitarla y ampliar el alcance de la libertad y la justicia.

Ambas tendencias coexisten, como han hecho casi siempre. La que prevalezca determinará si habrá un mundo en el cual una persona decente querría vivir.

LA DEMOCRACIA Y LAS IDEAS SOBRE LA PAZ.

Es quizá el tema de la incidencia de la evolución democrática en la generación de nuevos conflictos y su percepción particular de Noam Chomsky lo que hace que este asunto haya generado multitud de artículos del autor y una filosofía propia emergente que ha creado escuela. Según este pensamiento:

El espectro de opiniones abarca desde aquellos que mantienen que todo va bien si se gana, hasta los espíritus más sensibles que consideran que los ríos de “sangre y miseria” sólo merecen la pena si algo sale a flote: la “democracia”. Esto revela, con mayor claridad si cabe, las pautas éticas del nuevo orden mundial y el significado de democracia implícito en él.

Hay una serie de tendencias y cuestiones comunes y su identificación es un paso necesario para las políticas de prevención de conflictos que resultan actualmente imprescindibles.

Según el autor una sociedad democrática decente debe basarse en el principio del “consentimiento de los gobernados”. Esta idea ha ganado general aceptación, pero es cuestionada al mismo tiempo por ser demasiado fuerte y demasiado débil. Demasiado fuerte porque sugiere que la gente debe ser gobernada y controlada. Demasiado débil, porque incluso los gobernantes más brutales necesitan en alguna medida el “consentimiento de los gobernados”, y por regla general lo consiguen, no sólo mediante la fuerza. Hay una serie de doctrinas que se han elaborado para imponer las modernas formas de democracia política. La observación de que la manipulación consciente e inteligente de los hábitos y opiniones establecidos de las masas es un componente importante de la sociedad democrática está continuamente en el pensamiento que Chomsky critica como neoliberal. Para llevar adelante esta tarea esencial, las minorías inteligentes deben utilizar la propaganda constante y sistemáticamente, porque sólo éstas comprenden los procesos mentales y las pautas sociales de las masas, y pueden mover los hilos que controlan la opinión pública. Por lo tanto, nuestra sociedad ha consentido en permitir que la libre competencia se organice mediante el liderazgo y la propaganda, otro caso de “consentimiento sin consentimiento”.

En contra de lo que tenían Tocqueville y otros pensadores del siglo XIX, la democracia no ha edificado un imperio de la mediocridad que impide el desarrollo de las formas más elevadas de la ciencia y del arte. Podría afirmarse que se ha llevado a cabo el proceso opuesto. La vitalidad y la capacidad de adoptar nuevas ideas, de desarrollar una insurgente imaginación, de la sociedad democrática han resultado ser muy superiores a lo que imaginaron sus primeros críticos.

Es previsible que en las sociedades del tercer milenio, el poder esté cada vez más disperso en el cuerpo social. Todos los grandes problemas de nuestro tiempo —desde el deterioro medioambiental a la violencia urbana, pasando por la drogadicción, la explosión demográfica o la amenaza de los fanatismos religiosos o políticos— se manifiestan en una escala local, municipal, y su solución exige iniciativas en este contexto. Mientras continúe la situación actual, la democracia corre grave peligro, pues persistirá la tentación de sacrificar las libertades políticas al espejismo del crecimiento económico acelerado. De la seguridad máxima y la

libertad mínima o nula de los regímenes dictatoriales, se corre el riesgo de pasar a la máxima libertad y la seguridad mínima o nula que conocen actualmente muchos países occidentales.

La tarea de dar voz y voto en los asuntos públicos a esa mayoría silenciosa ("consentidora") es un reto de primer orden para la cultura de paz a la que se debe aspirar a forjar. Sólo mediante la participación efectiva y cotidiana se conseguirá hacer frente a la fragilidad de las democracias formales, de los andamiajes y recursos ornamentales que, aun logrando a veces una excelente apariencia, esconden mecanismos de poder autoritarios. Sólo la participación responsable de ciudadanos debidamente informados y educados puede garantizar un porvenir de libertad y equidad a las generaciones venideras.

Para comprender cómo se ha concebido la organización mundial, hay que considerar que los pueblos y sus dirigentes, incluso cuando han sido elegidos democráticamente, no han modificado la filosofía de la política exterior que había sido de los príncipes y los reyes; que la reflexión política reformadora o revolucionaria no ha puesto en cuestión esta filosofía; que son los gobiernos, y particularmente los de las grandes potencias, los que han puesto en marcha las ideas de construcción de la paz, teniendo como motivo principal el mantenimiento del orden establecido y accesoriamente, la necesidad de contestar a una opinión pública cansada de la guerra; en suma, en estas condiciones, las recetas que se han utilizado para establecer la paz no podían ser demasiado válidas.

La creciente insatisfacción del mundo subdesarrollado, según el pensamiento de nuestro autor, a causa de la diferencia entre las naciones ricas y las naciones pobres, creará un fértil terreno de cultivo para las insurgencias. Tales insurgencias tienen el potencial para poner en peligro la estabilidad regional y los accesos a los recursos económicos y militares esenciales. Esta situación se hará más crítica a medida que las naciones más ricas y sus aliados, así como sus potenciales adversarios, se vuelvan cada vez más dependientes respecto de dichos recursos estratégicos. Para tener estabilidad en estas regiones, mantener acceso a sus recursos, proteger a los ciudadanos desplazados en el extranjero, defender las instalaciones vitales y disuadir los conflictos, se debe mantener en la estructura de las fuerzas armadas de las grandes potencias una capacidad de proyección del poder militar creíble, con la flexibilidad para responder al conflicto en todo el espectro de la violencia en todo el globo.

Resulta sencillo destruir las justificaciones acostumbradas: promover

la democracia y la seguridad nacional. Algunos de los que emprenden esta tarea llegan, por lo tanto, a la conclusión de que la intervención “nunca ha tenido sentido, ni siquiera en el apogeo de la guerra fría”, y ciertamente no lo tiene ahora, de modo que se pueden dar por terminadas las mortíferas guerras que el mundo está promoviendo.

Ningún pensador político, hasta el momento, se ha esforzado en analizar las causas profundas de las guerras. Las grandes corrientes del pensamiento, que dan muestras, no obstante, y sobre muchos temas de un gran valor intelectual, y que van a proponer a los pueblos a la vez sistemas explicativos y nuevas perspectivas para la solución de los problemas políticos y sociales, van a ser incapaces de tratar seriamente los asuntos de la guerra y de la paz. Mientras que el problema fundamental es el del nacimiento y la profundización de las identidades colectivas en el marco de los estados-nación los pensadores políticos no llegan ni a analizarlo ni siquiera a considerarlo.

Dentro de un estrecho margen, las políticas emanadas para la construcción de la paz expresan necesidades a cubrir del sector institucional. Las políticas de las naciones grandes han sido coherentes durante un largo tiempo porque las instituciones dominantes son estables, sujetas a muy pocos desafíos internos y —en el pasado— relativamente inmunes a las presiones externas a causa de la riqueza y el poder único de las grandes potencias. La política y la ideología están enormemente limitadas por el consenso de la comunidad empresarial. Por lo que respecta a los temas críticos existe un debate táctico dentro de la opinión pública dominante, pero las cuestiones de principio raramente salen a la luz.

CONFLICTIVIDAD EN UN MUNDO SIN FRONTERAS. INFORMACIÓN Y GLOBALIZACIÓN

La importancia de controlar la opinión pública se ha reconocido cada vez con mayor claridad a medida que las luchas populares han logrado ampliar el terreno de juego democrático, dando así lugar a la aparición de lo que las elites llaman la “crisis de la democracia”, lo que ocurre cuando poblaciones normalmente pasivas y apáticas se organizan y buscan entrar en la arena política para perseguir sus intereses y reivindicaciones, con lo que amenazan la estabilidad del orden. Esto trae a la cabeza una de las grandes preocupaciones de Madison, quien en 1792 advirtió que en el incipiente estado capitalista que se estaba formando en EE.UU. se estaba

sustituyendo el motivo de servir al público por el de los intereses privados, lo que conducía a un auténtico dominio de unos pocos bajo la aparente libertad de los más.

Sin embargo, y de forma indirecta, se está provocando el que un gobierno popular sin información popular, o sin los medios para conseguirla, no es más que el prólogo a una farsa o a una tragedia; o tal vez ambas cosas.

El tema de los medios de información es muy debatido; los medios de comunicación de masas creen que es posible mostrar en directo los acontecimientos, y especialmente la guerra, porque es lo que pide el público. El sistema mediático olvida, sin embargo, que las guerras no se muestran, sólo se muestra lo que es de interés para el bando que, o está ganando, o saca “ganancias” de la transmisión. En la representación de los conflictos y de la guerra, especialmente con el medio audiovisual, hay un hito marcado en 1982, año de la guerra de las Malvinas, que es el primer conflicto de envergadura en el que está involucrado un país desarrollado después de Vietnam. Esta guerra se convierte en la primera sin imágenes. Los británicos pusieron a punto un modelo de cobertura de la guerra que hace que sólo se muestre lo autorizado por el Estado Mayor del Ejército. Se autoriza a un grupo de periodistas seleccionados a contemplar sólo determinados aspectos del conflicto, no tienen libertad para informar de lo que quieran. La comunicación militar domina a la información periodística, pero sin embargo, esta única información es la que va a tomar como basamento el público a quien va dirigida para formar su opinión (que en ningún momento reconocerá “dirigida e impuesta”); en el pensamiento de Noam Chomsky queda reflejado este hecho como:

Las guerras y demás crisis pueden lograr que la gente piense e incluso se organice, y el poder privado recurre regularmente al Estado para contener tales amenazas para su monopolio del escenario político y de la hegemonía cultural...La evaluación de los receptores puede recordar un comentario realizado por uno de los personajes más significativos de la Norteamérica del siglo XX, el pacifista radical A.J. Muste, quien decía que después de una guerra, el problema es el vencedor; piensa que acaba de demostrar que la guerra y la violencia valen la pena, ¿quién va a darle ahora una lección?

Cuando se produce la guerra del Golfo los únicos que no saben cómo funcionan los ejércitos en guerra siguen siendo los periodistas, que siguen prometiéndonos la guerra en directo. Se produce con el conflicto del Golfo

un desconcierto general en todo el sistema mediático, acostumbrado hasta entonces a revelar situaciones oscuras y desconocidas. El control militar vuelve una vez más a someter a la información: la información interesada sustituye al intento de desenmascarar esos mismos intereses. El sistema de comunicación a las masas se transforma en un sistema de eco.

El héroe periodista capaz de resolver entuertos (Superman es uno de los periodistas más famosos) es una tradición democrática que llega a consolidarse con el caso Watergate. ¿Qué ha pasado entonces para que los ciudadanos de las democracias occidentales piensen ahora que los trabajadores de la información ya no cumplen esa función de control de los poderes y que sufren el mismo grado de degradación de otras instituciones? El clima social de actuación de las instituciones democráticas afecta hoy con especial intensidad a la prensa porque para muchos ciudadanos las clases política y mediática ya no están aisladas sino que se funden en un híbrido mediático-político que hace que no exista la posibilidad de recurrir al cuarto poder al estar éste implicado en los mismos asuntos. Cuando hoy, tras la guerra del Golfo, nos preguntamos el porqué de las grandes mentiras que nos son introducidas a través de los “media”, hemos de respondernos que el sistema mediático tomó por primera vez, en este conflicto, una senda que le hará imposible asumir su papel de aliado cívico de los ciudadanos.

Vivimos inmersos en una telaraña infinita de engaños, muchas veces autoengaños, de la que sin embargo nos podemos librar con un pequeño esfuerzo. Si así lo hacemos, veremos un mundo bastante diferente al que nos presentan a través de un sistema ideológico de notable efectividad, un mundo mucho más espantoso y, a menudo, espeluznante que el que cualquier imagen o sonido nos pudiera presentar. También se puede aprender que nuestras propias acciones o nuestra aquiescencia pasiva contribuyen sustancialmente a la miseria y a la opresión, y tal vez a la destrucción global definitiva (7).

Hay, sin embargo, en lo referente a los avances tecnológicos que nos han dotado de esta información sobre los conflictos “en vivo”, un aspecto esperanzador. Tenemos la suerte de vivir en una sociedad no sólo rica y poderosa —y, por lo tanto, como cualquier estudiante de historia podría suponer, peligrosa y destructiva—, sino también relativamente libre y

(7) CHOMSKY, NOAM: “La quinta libertad” Ed. Crítica. Traducción castellana, 1988.

abierta, quizá más que ninguna otra cosa, aunque esta circunstancia puede cambiar si los “reaccionarios que han pervertido el término “conservador” triunfan en su afán de disminuir las libertades civiles, fortalecer el poder del Estado y sustraerlo al escrutinio público”, en palabras de Chomsky. Muchos conflictos no pueden ser analizados y evaluados con precisión debido a la falta de transparencia motivada por los necesarios (aunque a veces se dude) “filtros” gubernamentales.

La lucha por la libertad de expresión es un caso interesante —y un caso crucial—, puesto que forma parte del núcleo de toda una serie de libertades y derechos. Una pregunta fundamental de la era moderna es cuándo puede actuar el Estado para prohibir el contenido de las comunicaciones, si es que puede hacerlo; eso provoca el fundamento de que la población haya de encontrar respuestas a los orígenes de las crisis y al estallido de los conflictos en fuentes cada vez más privadas. Cuando empiezan a revelarse los verdaderos hechos que han sido expuestos a lo largo de la duración de los conflictos la prensa se traumatiza profundamente. Todos los medios de información, sin excepciones, han cometido errores.

¿SEGURIDAD COLECTIVA O INSEGURIDADES PARCIALES? LA TECNOLOGÍA Y LA PAZ

“El Estado es la autoridad, la dominación y el poder organizados de las clases poseedoras sobre las masas, la negación más flagrante, más única y más completa de la humanidad. Quebranta la solidaridad universal de todos los hombres sobre la Tierra y hace que algunos de ellos se unan sólo con el fin de destruir, conquistar y esclavizar a todos los restantes. La flagrante negación de la humanidad que constituye la esencia misma del Estado es, desde su punto de vista, su deber supremo y su mayor virtud. De este modo, ultrajar, oprimir, despojar, saquear, asesinar, maltratar o esclavizar al prójimo es considerado habitualmente un crimen. En cambio, en la vida pública, desde el punto de vista de la defensa de los “parciales intereses nacionales”, todo esto se transforma en deber y en virtud cuando se hace para mayor gloria del Estado, para la conservación o extensión de su poderío” (8). ¡Es un punto de vista!

(8) Declaración de Mikhail Bakunin con ocasión del simposium internacional “*Hacia una cultura de paz*”, auspiciado por la UNESCO.

En un mundo en que los acontecimientos se suceden cada vez con mayor rapidez, ningún motivo de explosión de conflictos puede ser descartado: definido como global, nuestro mundo se presenta como un sistema cuya fiabilidad en todos y cada uno de sus elementos debe ser tan amplia que el fallo de uno cualquiera de los mismos puede llegar a desbordar el equilibrio y la seguridad de toda la "aldea". El momento de la falta de seguridad parcial ha llegado en apenas quince años sin haber sido capaces de programar su nacimiento y su desarrollo. De ahora en adelante, cualquier aspecto sobre el funcionamiento de nuestro planeta debe ser considerado desde el punto de vista de la seguridad global.

La "aldea global" es sólo una. Tras la caída del Muro y la explosión de las nuevas ideologías, con el devenir de las tecnologías de la comunicación, ningún país, ninguna colectividad puede abstraerse de los eventos que aparecen en la comunidad global, creando una red enorme cuya fuerza es función de su eslabón más débil. Esta interdependencia es hoy ampliamente reconocida y formulada. El tiempo de las inseguridades parciales tolerables por las naciones se está quedando atrás; el de la seguridad global ha comenzado. La aceleración de la asimetría distributiva, la precariedad de medios de que dispone la justicia para evitar los delitos y para castigarlos, la corrupción, el incumplimiento de los programas electorales, la carencia de principios morales, la abusiva alusión a los derechos humanos por quienes luego a menudo los vulneran, acarrear enormes desilusiones y propician la indiferencia y hasta la hostilidad hacia los poderes públicos. Estas situaciones no sólo provocan la reacción de los menos favorecidos, sino también de quienes viven en la frontera del consumismo, desorientados y sin ideales.

La impugnación de los modelos ya expuestos en todos los foros de debate internacionales es indispensable para dar paso a la imaginación, única capaz de descubrir caminos inéditos y explorar nuevas modalidades de acción, aunque al principio resulten impopulares. En esta incursión por la imaginación tiene mucho que decir la tecnología y sus avances:

Uno de los signos más esperanzadores, a mi juicio, es la creciente preocupación entre los estudiantes por el problema de la utilización de los resultados de la investigación. Son pocos hoy los que estarían de acuerdo con la apreciación de que se debe dar confianza a nuestros desarrollos sociales en el sentido de que darán la mejor utilización posible a los avances tecnológicos, y no se debe disuadir por razonamientos relativos a las consecuencias y a los costes.

La cuestión de los usos de la tecnología es multifacética. Implica a la vez juicios históricos y políticos muy complejos y cuestiones técnicas.

El enorme impacto del desarrollo científico y tecnológico sobre el ser humano y el medio natural constituye sin duda uno de los rasgos definitorios del siglo que ahora termina y entraña, al mismo tiempo, un considerable potencial de amenazas y de soluciones, sobre las cuales la comunidad internacional exige información y asesoramiento. La rapidez con que los descubrimientos se suceden y la creciente diversificación de sus aplicaciones suscitan interrogantes para los que no siempre se pueden hallar respuestas satisfactorias. Los científicos se preguntan sobre la finalidad y el sentido de su actividad; los dirigentes políticos se preocupan por las consecuencias prácticas del desarrollo y sus decisiones dependen cada vez más del consejo de los expertos. El margen de reflexión que las tendencias y acontecimientos actuales dejan a unos y otros parece estrecharse con el paso del tiempo.

En este planeta, día a día más concentrado, más pequeño, reina una profunda injusticia: el 20% de sus habitantes cuentan con el 80% de las fuentes de riqueza y no se plantean, en absoluto, compartirlo. Esta injusticia es hoy la primera causa de inseguridad. En efecto, la miseria es fuente de numerosos fracasos sociales: éxodo rural, migraciones masivas, urbanismo desenfrenado, frustración, violencia, intolerancia, corrupción, etc., que desestabilizan el conjunto de la economía mundial. Reparar la injusticia, acometer la resolución de la asimetría Norte-Sur favoreciendo el reparto de las riquezas y el desarrollo creíble y duradero de los países pobres es el primer objetivo de una humanidad que ha de ser consciente de su obligada solidaridad así como de sus responsabilidades éticas.

Si la humanidad ha sido capaz de llegar a la Luna y construir centrales nucleares, ordenadores y redes de fibra óptica, pero asiste impotente al espectáculo de la degradación y la muerte cotidianas de millares de seres humanos, es porque nuestros valores y objetivos han tenido hasta ahora una jerarquía equivocada. Nuestra sociedad ha estado condicionada por el predominio de la cultura bélica (criticada, pero necesaria hoy por hoy). Ahora que la guerra fría ha terminado y que el impulso hacia la democracia constituye una garantía adicional de paz en el ámbito internacional, se puede comprobar que no estamos preparados para hacer frente a los peligros que, nuevos, surgen en cualquier parte del mundo y que amenazan el futuro de la civilización.

Para ser auténtico y perdurable, el desarrollo debe perseguirse desde un marco de trabajo moral y político que otorgue a cada persona el sentido de su dignidad y los medios de preservarlo: la democracia. Es, en efecto, el respeto de los principios democráticos lo que permite a los ciudadanos el participar en la vida colectiva, influir sobre las decisiones que les son de interés y sentirse parte activa en el desarrollo de la sociedad en la que viven. Pero, desgraciadamente, la globalización y la participación del elemento constitutivo y esencial de la misma, el ser humano, están enfrentados aunque pueden imbricarse en un ambiente de conocimiento, consentimiento y comprensión mutua.

En la fase de transición, tanto nacional como internacional, que caracteriza hoy a todas las naciones indistintamente, el acento debe ponerse sobre la cooperación multilateral para la que el sistema de las Naciones Unidas representa la suprema expresión. La globalización a la cual asistimos no niega la existencia de las especificidades nacionales, que deben ser concebidas y percibidas como la expresión de un pluralismo democrático que enriquece a cada persona dado que es un factor de dinamismo y de empuje. Es la fuerza de las peculiaridades nacionales la que ha provocado el recrudecimiento de la confrontación ideológica Este-Oeste.

Si el desarrollo es asumido por las poblaciones del mundo confiadas en sus propias fuerzas y convencidas del apoyo solidario de los demás, si la democracia funciona, en justo equilibrio con el carácter y las tradiciones de cada cultura, entonces la paz tendrá que venir a través de una serie de cambios que habrán de tomar sus bases sobre un mundo perfectamente reconciliado. De este modo, la paz, el desarrollo y la democracia son los tres vértices que cierran un triángulo interactivo, que es también un círculo segmentado; las sinergias que se requiere se formen serán irresistibles e invulnerables. Para la consecución de este deseo, aún falta reunir la masa crítica necesaria a escala mundial. No se impondrá ningún modelo a los pueblos soberanos. Ninguna categoría social será ni privilegiada ni sacrificada. Todas las sociedades, y todos los componentes de cada sociedad, deben conjuntar sus esfuerzos en la preservación de su futuro común.

EL MUNDO DE FIN DE SIGLO

Una gran mayoría de la humanidad es pobre. Incluso para la mayor porción de esa mayoría, el concepto de pobreza no pasa de ser un eufe-

mismo bien intencionado (9). Entre estos que sobreviven en el límite de las condiciones humanas de resistencia, cualquier mínima eventualidad supone la muerte por decenas de miles. Situaciones que en las áreas desarrolladas no pasarían de ser una relativa emergencia clínica o una estadística meteorológica, se convierten en catástrofes históricas para pueblos que todavía dependen en absoluto del cielo y la tierra como agarraderos vitales.

A finales del siglo XX las riquezas y bendiciones terrestres son disfrutadas en más del 60% por tan sólo el 15% de las personas. Sin temor a exagerar, se puede afirmar que escasamente uno de cada cuatro seres humanos cuenta con las oportunidades y condiciones adecuadas para proveer su propio progreso y el de su especie. Pero muy a menudo este mundo presenta una estampa más favorable que la que corresponde a su auténtica realidad porque esa porción menor de la humanidad que se mal-reparte con avaricia lo que a todos corresponde, es también la que suministra y controla la imaginería de la distorsión informativa. Por eso, aunque la generalidad de los hombres pertenece de hecho a una cultura de la pobreza, son el discurso y el arte de la satisfacción los que prevalecen en la totalidad de los mensajes educativos, y los que pretenden dar el tono a este mundo nuestro.

Es la visión y presión de ese no mundo (el mal conocido como Tercer Mundo) la que ha inspirado durante los años que han transcurrido desde la última guerra, algunos intentos agónicos diseñados para desviar el patético camino de la historia por derroteros más igualitarios.

Los años sesenta fueron la década del desarrollo y la fe ciega en el progreso. La distensión internacional, la consolidación de la paz en el viejo continente, el asentamiento de su integración económica, las esperanzas de cambios en América Latina, la renovación católica, el ciclo obrero, la moda de los marginados, el ascenso social de la mujer, las independencias africanas, la conquista del espacio, el aumento general del bienestar. Los setenta, en cambio, iban a suponer la apertura de una alternativa diferente. Primero la crisis de los valores tradicionales, de las reglas políticas y sociales; luego la acidez de la depresión económica, la desazón gene-

(9) Según un informe emitido en 1999 por la Iglesia y la Fundación de Emergencia Social del Estado, la mitad de la población vive en la "pobreza" (lo que significa que sólo dispone de la mitad de la renta necesaria para satisfacer sus "necesidades básicas"), y otro tercio se encuentra en situación de "extrema pobreza" (inferior a la mitad de la renta del nivel de "pobreza").

ral, la incertidumbre o el desconcierto se impusieron al feliz recuerdo de la década anterior. Es cierto que la humanidad siguió avanzando en la conquista de su entorno espacial o que recuperaron la libertad las últimas dictaduras europeas, pero fueron más espectaculares los avances de la pobreza, el desempleo, la drogadicción...Una desafortunada competencia industrial y una inflación incontrolable, que devoraba las ilusiones de avance y ahorro, caracterizará el desenvolvimiento de la población mundial en las últimas dos décadas.

Sin embargo, no habría de ser el odio ni el pánico, ni siquiera la droga o la violencia el elemento más generalizado y característico de la respuesta social a la crisis. El fenómeno más extendido y de peores consecuencias ha sido la reactivación del egoísmo individual y colectivo. Las nuevas cohortes generacionales han tenido que aprender en su propio desamparo a ocuparse sólo de sí mismas. Mientras se conmemoraba el 40 aniversario de la promulgación de los derechos humanos, se denunciaba su infracción en la mayoría de los países firmantes de la declaración. Entre ellos algunos de los que más se jactan por sus avances democráticos (10). La desasistida explosión demográfica del Tercer Mundo convive con el envejecimiento narcisista de las naciones ricas. La destrucción de alimentos y riquezas, con el hambre en África o la miseria en Asia o Latinoamérica.

No ha sido desdeñable en la prevención y resolución de conflictos la insistencia y extensión de los movimientos pacifistas y antinucleares consolidados desde los años setenta. Manifestaciones y protestas en las principales capitales del mundo, y sobre todo en la victimaria Europa, denunciaron durante la primera mitad de los dos últimos decenios las posiciones agresivas e imperialistas de los bloques mundiales.

(10) Noam Chomsky, en su permanente crítica a la actuación de los EE.UU. con el resto de los estados soberanos, nos muestra un ejemplo fehaciente de esta "vulneración encubierta": "Durante la campaña presidencial Clinton condenó amargamente las inhumanas políticas de Bush. Pero cuando llegó al poder en enero de 1993 las empeoró aún más, reforzando el bloqueo para impedir la afluencia de refugiados que huían de Haití, una grave violación del derecho internacional, comparable con la prohibición del tráfico aéreo procedente de los Estados Unidos decretada por Libia. Durante la conferencia sobre Derechos Humanos celebrada en Viena en junio de 1993, en medio de la postura occidental prácticamente unánime a la hora de alabar la santidad de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, la administración Clinton demostró su respeto por las disposiciones relativas al derecho de asilo (artículo 14) al interceptar un barco de vela con ochenta y siete haitianos hacinados a bordo, devolviéndoles a la cárcel del terror y tortura en la que están encerrados". Del libro *"El nuevo orden mundial (y el viejo)"*.

CONCLUSIONES

En el estudio y análisis de la prevención y resolución de conflictos, en la detección de las posibles situaciones que favorecen el nacimiento de las crisis:

nos encontramos una vez más con que la “ingeniería histórica” ha sido muy útil para contener la percepción de acontecimientos de crucial importancia dentro de un molde que sirve a los intereses del poder y los privilegios, otro ejemplo más de cómo actúan los mecanismos de una cultura intelectual disciplinada en una sociedad muy libre. A menos que estas pautas de control se desmonten de alguna forma, las esperanzas de paz y justicia no son muy halagüeñas.

El “triángulo interactivo” que forman la paz, la democracia y el desarrollo, enunciado anteriormente, sólo es efectivo cuando tiene como eje la educación y por motivación profunda la solidaridad y el sentimiento de justicia. Sólo hay una urgencia: compartir.

Los puntos clave en este entorno de pensamiento son ampliamente conocidos: la exclusión y la discriminación, con pretextos étnicos, culturales o ideológicos; la miseria urbana y la decadencia de las zonas rurales; las emigraciones masivas; el despilfarro de los recursos del planeta y el deterioro del medio ambiente; las nuevas pandemias como el sida y las antiguas que cobran renovada virulencia, como la tuberculosis o el paludismo; el tráfico de armas, de drogas y de dinero negro; la guerra y la violación de los derechos humanos y la inercia, la inercia que hace que todavía se use la fuerza sin contemplaciones, sin desacelerar la máquina de la guerra. Es cierto que la complejidad del mundo actual no permite formular soluciones sencillas para todos estos problemas.

Si las perspectivas internacionales en estos años de fin de siglo y fin de milenio siguen su curso, no es difícil aventurar que al término de la presente centuria la humanidad tenga algunos elementos consistentes con los que hacer un balance más positivo de su segunda mitad. Desterrados los jinetes apocalípticos de una parte del planeta, relegada la experiencia atroz de las guerras mundiales al recuerdo de la generación que nos abandona lentamente y creciendo con fuerza las voces exigentes de una paz general, es de confiar que las desesperantes diferencias que enfrentan entre sí a pueblos y clases sociales puedan ser enfocadas con más racionalidad y menos estrechez de miras.

El mundo de fin del segundo milenio no debe renunciar a perfeccionarse en el camino que le han señalado en los últimos cincuenta años tantos de sus líderes y protagonistas. Sin despegarnos un instante de la cruda realidad y sin caer en el espejismo del progreso ilimitado, se cree necesario no obstante subrayar las posibilidades de avance que la humanidad de fin de siglo acaricia con los dedos.

Los grandes de la Tierra (EE.UU., Federación Rusa, Japón, Unión Europea...) tienen ante sí la responsabilidad histórica, tantas veces malograda antes, de encauzar las alternativas reales de un mundo mejor, sin padecimientos ni diferencias; de evitar el sufrimiento ajeno y el propio envilecimiento. Los políticos y dirigentes del Primer Mundo no pueden permanecer por más tiempo impávidos y cóncavos, reclusos en la coartada de sus problemas domésticos cuando el hambre y la incultura siguen siendo el azote de grandes masas humanas y cuando la muerte de miles de niños por inanición es el tópico más monstruoso de nuestra era y llama con desesperación a la puerta de todas las conciencias sensibles.

Si la guerra es evitable, sólo puede serlo a través de una voluntad política de transformación tal que haga innecesarias las revoluciones cruentas, y que convierta las conferencias y cumbres inoperantes en acuerdos coactivos de solidaridad. Es acuciante, por tanto, antes de entrar en el siglo próximo, la promoción de un gran cambio político y moral que coloque en primer plano los valores de la razón y la generosidad, desautorizando y persiguiendo los abusos de los más dotados. Un giro radical que deje fuera de nuestro código los individualismos, las desidias y el desprecio por la suerte que puedan correr aquellos que no están al alcance de nuestra miope visión de la historia presente. Una revolución ética que ponga de moda y legalice la paz y la igualdad, por encima de las razones de Estado, de los intereses nacionales o de los egoísmos de clase; que proscriba y expulse de la sociedad a los que se opongan a ellas. Esta transformación que está exigida desde el fondo común del pensamiento humano racional, lo mismo en Buda que en Cristo, en Smith o Carlos Marx, puede todavía salvar la situación si sabemos aprovechar las oportunidades que nos quedan, mientras llega el siglo XXI.

Una mirada a quienes celebran el final de un conflicto y se benefician de él, y a quienes quedan sumidos en el dolor y el sufrimiento, muchas veces nos dice algo sobre los verdaderos vencedores y derrotados, e incluso en torno a qué giraba el conflicto. Las guerras raramente son un asunto simple, en el que un antagonista (un

estado-nación) se enfrenta a otro. Siempre tiene múltiples dimensiones, y la condición invariablemente resulta relevante: los intereses de los artífices de la política suelen diferir de los intereses de la población general.

Quizá para terminar podríamos añadir las palabras que el respetado jefe de la delegación palestina, Haidar Abdel Shafi, pronunció con motivo de una charla en Belén el 22 de julio de 1993, palabras cuya extrapolación a la prevención y resolución de conflictos nos debe dejar con un pensamiento claro de cómo comenzar la difícil tarea de conseguir un mundo más seguro, más libre, más justo y más humano: No vale la pena discutir sobre las negociaciones. “La cuestión fundamental es transformar nuestra sociedad”. Todo lo demás es intrascendente... Debemos decidir entre nosotros cómo y utilizar todos nuestros recursos y todas nuestras fuerzas para “desarrollar nuestra dirección colectiva y las instituciones democráticas que lograrán nuestros objetivos y nos guiarán en el futuro”... Para nosotros lo importante es que nos ocupemos de nuestra situación interna: organizar nuestra sociedad y corregir aquellos aspectos negativos que han causado su sufrimiento durante generaciones y que son la causa principal de nuestras derrotas.